

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 23 (NUEVA SERIE)

AÑO 2023

TEMA 1: VIDA DE WAGNER, BIOGRAFÍA, ANÉCDOTAS

**TÍTULO: NEWELL SILL JENKINS: LOS RECUERDOS DEL DENTISTA DE
RICHARD WAGNER**

AUTOR: *Ramón Bau*

(LES SOUVENIRS DU DENTISTE DE RICHARD WAGNER)

Traducción de Michel CASSE, Président des Rencontres Wagnériennes de Bordeaux

Publicado en la web del Richard Wagner Museum

16, boulevard Saint-Germain - 75005 Paris - France

<https://richard-wagner-web-museum.com/personnalite/newell-sill-souvenirs-dentiste-richard-wagner/>



Newell SILL JENKINS

De una familia de armadores en Nueva Inglaterra, Newell Sill Jenkins nació en Falmouth (Massachussets) el 29 de diciembre de 1840. Después de estudiar en Baltimore, se convirtió en dentista y emigró con su familia a Dresde donde ejerció de 1866 a 1909. Durante años practicó un mes al año en Viena y Varsovia. Su clientela incluía a muchos miembros de familias coronadas y celebridades. En 1907 también se trasladó a París, donde continuó su investigación. Fue presidente del American Dental Club of

*Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com*

Paris. Introdutor del puente dental en Alemania, también desarrolló implantes y coronas de porcelana, con su "esmalte de porcelana Jenkins", para cuya fabricación fundó una empresa cuyos derechos de fabricación y distribución en Estados Unidos fueron adquiridos por su amigo Mark Twain. Newell Jenkins murió de un ataque al corazón en Le Havre el 25 de septiembre de 1919.

Entregamos a continuación la primera parte de los "Souvenirs" relacionados en particular con su ilustre paciente, Richard Wagner (traducción de Michel CASSE, presidente de los Rencontres Wagnériennes de Bordeaux)

Texto de Newell SILL JENKINS:

"A mediados de los setenta conocí a Richard Wagner por primera vez. Frau Cosima Wagner vino a verme como paciente, con sus hijos. Esta notable mujer me causó una fuerte impresión. Ella era la encarnación de la energía física y mental. Su figura esbelta, sus rasgos marcados, sus resoluciones rápidas, tan firmes como inteligentes, su desdén por los obstáculos que se levantaban entre ella y su meta, y el tacto y el recurso con que los superó, revelaron a primera vista una mujer de excepcional carácter extraordinario. Mi primera impresión se confirmó cuando la conocí mejor. En 1877, Frau Cosima me pidió que fuera a Bayreuth a atender a su marido. El año anterior había visto la primera actuación de El Anillo del Nibelungo en Bayreuth y el mundo aún resonaba con ecos de este gran evento musical y nacional. Wagner no podía venir a verme y necesitaba urgentemente algún tratamiento para aliviar el intolerable sufrimiento de un hombre de su temperamento y, como resultado, aunque yo estaba cansado y con exceso de trabajo, decidí ir allí: fue el comienzo de una amistad que duró hasta la muerte de Wagner.

Por primera vez, tuve la oportunidad de alegrarme de ser tan ajeno a la música porque si hubiera sido un amante de la música, hubiera sido posible que mi compañía le hubiese aburrido como parecía si hubiera tratado de mostrar mi admiración por él. De hecho, me aceptó como algo nuevo e inmediatamente me gustó. En esta ocasión, y durante las otras visitas que le hice, me frecuentó lo más que pudo. Dimos largas caminatas juntos, conversando sobre todas las cosas humanas y divinas, menos de la música, excepto que le hablé del carácter quejumbroso de la música de los negros estadounidenses en los días de la esclavitud, una cualidad también inherente a la música de los rusos, los siervos; sin embargo, no pudimos decidir si esto se debía al temperamento o a las circunstancias.

Me encantó descubrir que poseía un extraordinario sentido del humor y disfrutaba mucho con las anécdotas, contándolas de una manera irónica que les daba mucho dinamismo. Hemos tenido más de una ocasión para sentarnos tranquilos en la noche intercambiando historias, encontrando los chistes estadounidenses particularmente sabrosos; tenía, de hecho, un gran interés por todo lo americano, ya que en teoría era un formidable republicano, como lo demuestra su participación en la revolución del 48 y su posterior indiferencia hacia los lujos de las Altezas Reales.

Una tarde, Frau Cosima habló del verano anterior, cuando Bayreuth había recibido la visita de tantas personas reales y principescas además del mundo entero, y relató cómo el Emperador de Brasil, a su llegada, pidió a Wagner y Liszt que fueran a verlo a Brasil. Ambos estaban ausentes, pero Madame Cosima respondió verbalmente: "*Sé positivamente que mi padre estaría de acuerdo en ir, pero también sé con certeza que mi esposo se negará.*"

Un día, durante la cena, Wagner me preguntó sobre Brigham Young, que acababa de morir, y quería saber el secreto de su poder. Le hablé de la condición material de las personas en que se convirtieron los mormones, cuántos de ellos eran ignorantes y pobres, y cité como ejemplo a los mineros de Cornualles, muchos de los cuales se convirtieron y fundaron Utah, que con sus manos fuertes hicieron florecer ese Estado como la rosa, un paraíso terrenal comparado con su vieja y lúgubre tierra natal. Al igual que los seguidores de Mahoma, no solo obtuvieron la seguridad del Cielo, sino también las recompensas en esta vida que pudieron disfrutar.

Al cabo de un rato Wagner me miró con un destello en los ojos que yo sabía que anunciaba que iba a contar una anécdota, y empezó a hablar con seriedad sobre su intención de establecer una nueva religión en cuanto terminase el Parsifal, que entonces estaba componiendo. Pasado el primer momento, miró en particular a otro invitado, un sobrino casado y profesor de matemáticas en Kiel (1), del que ya sospechaba que carecía de imaginación, y procedió a explicarle los detalles de la nueva aventura. Tenía que basarse en una visión materialista del cielo, como la de Mahoma, pero también tenía que haber diferentes grados de dicha celestial y el culto tenía que ser bellamente coral, porque el arte musical debía ser el medio de culto y el pasaporte para entrar en el cielo sería mediante boletos comprados en efectivo a los sacerdotes. Estas notas, sin embargo, debían ser algo en forma de las indulgencias papales y así asegurar abundantes ingresos para la iglesia. También debían parecerse a los boletos de tren, que no llevan a su titular más allá del lugar para el que fueron comprados, por lo que el alma piadosa debe aspirar al sacrificio del oro en esta vida para alcanzar luego el cielo. Venga y no se contente con un boleto de tercera clase, que simplemente le daría acceso a lugares de a pie, como en un teatro. Continuó luego de una manera cada vez más caprichosa y traviesa, notando el asombro del buen profesor, que muy bien podría haberse imaginado al Maestro como un loco, hasta el momento en que Frau Cosima y yo ya no pudimos contener nuestra hilaridad y el otro oyente comenzó a darse cuenta de que esto era solo una broma extravagante.

Este lado del carácter de Wagner, que sólo se revela en el Meistersinger entre todas sus obras, puede haber sido la fuente de los muchos relatos asombrosos que se han hecho sobre él. Yo mismo he observado que la veneración cuasi religiosa con la que algunos de sus fieles se acercaban a él, le parecía un tema adecuado para la burla y, de hecho, a veces era tan exagerada que la tentación de ridiculizarla debió ser irresistible. Recuerdo una recepción en Wahnfried una noche en la época de la primera actuación pública de Parsifal. Había conseguido una invitación para un compositor estadounidense de segunda categoría que, excepto en música, era una persona muy razonable. Llegó temprano y le presenté a Frau Cosima, que estaba entretenida, ya que el propio Wagner llegó tarde en ocasiones similares. Mi amigo temblaba de emoción. Me dijo que fue la experiencia más importante de su vida, estaba a punto de ver a los dos hombres más grandes del mundo, Wagner y Liszt.

Cuando realmente vio y le presentaron al Maestro, estaba demasiado inquieto para hablar y estaba tan conmovido que aproveché la primera oportunidad para señalarle una esquina, donde podría recuperarse lentamente. Al día siguiente descubrí que el pobre estaba profundamente decepcionado. Al conocer las imágenes que representaban solo la enorme cabeza de Wagner, había esperado encontrar un hombre de estatura imponente y le entristeció mucho el encontrarle en una altura ligeramente inferior a la media. Sin embargo, le consolé recordándole la reducida estatura de Napoleón, ya que sabía que el corso era otro de sus héroes.

En una de mis visitas, el hermano del famoso pianista Rubinstein estaba en Wahnfried, ocupado arreglando el Anillo del Nibelungo para piano. Era un hombre interesante, en cierto modo. Creo que tuvo un final trágico antes de que se completara el trabajo y que finalmente apareció bajo el nombre de Klindworth. Durante la visita, sucedió que la familia a veces tenía que salir a algún lado, algo que siempre le costaba a Frau Cosima porque, dijo, dejaba a su marido a regañadientes, aunque fuera por unas horas, porque todo el tiempo que podía esperar pasar con él era para ella precioso. En estas ocasiones me quedaba con el Maestro, porque no bailaba y no me gustaba la sociedad en general; estas fueron algunas de las noches más deliciosas que he tenido. Encontré a Wagner, como a todos los hombres verdaderamente distinguidos que he conocido, un personaje muy humano con una amplia gama de intereses y simpatías. Hablar con un estadounidense, que no sabía nada de música, fue sin duda una experiencia poco común para él. De todos modos, continuó hablando conmigo incluso después de que la familia regresó, hablando familiarmente sobre muchos temas, siempre impresionándome con sus grandes talentos intelectuales. En octubre de 1877, después de la publicación de la adaptación de El Anillo para piano, me envió una copia bellamente encuadernada con su autógrafo y una Widmung (dedicatoria) de su propia mano en la portada del primer volumen.

*« Ich sage nichts vom Zahn der Zeit,
Die Zeit des Zahnes naht heran,
Ist dann Herr Jenkins nich mehr weit,
Trotz' ich die Zeit mit Ihren Zahn. »*

*(Del diente del tiempo, no digo nada,
Porque se acerca el momento del diente,
Y si el Sr. Jenkins no está lejos,
Voy a pasar el tiempo valientemente con su diente.) ” (2)
Newellk Sill Jenkins
(traducido por Michel Casse)*

NOTAS:

(1) - Se trata de Friedrich Brockhaus (1838-1895), hijo menor de Hermann (1806-1877), orientalista, y de Otilie, la penúltima hermana de Richard Wagner. Nieto de Friedrich Arnold, fundador de la editorial Brockhaus, abogado, Friedrich Brockhaus fue profesor en la Universidad de Basilea, de la Universidad de Kiel, de la Universidad de Marburg y finalmente la de Jena. (N.d.T.)

(2) - La Sra. Wagner me escribió al mismo tiempo:

“Estimado señor JENKINS. Mi esposo le envía su agradecimiento de palabra y en música pero no quisiera dejar que su más grande obra vaya a su dirección sin agregar cuánto le estoy agradecida por venir a visitarle y espero que usted haya tenido también un tan buen recuerdo de nuestro hogar como nosotros de su visita.

Les renuevo, con mis mejores deseos para usted y la Sra. Jenkins, la expresión de mi agradecimiento.

COSIMA WAGNER

Bayreuth, 9 de octubre de 1879 ”

Segunda Parte y final

Detestaba hablar inglés, del cual solo tenía un conocimiento literario y solía decir: "Hablo inglés, pero solo en el dialecto del norte de Gales". Un día me preguntó el origen de mi nombre, diciendo que debía tener un significado, como generalmente lo tenían los nombres alemanes. Entonces le dije que había una vez un gran rey en Gales, del cual el "King Cole" inglés no era más que una copia bastarda. (1) Este rey, cuyo nombre era Jen, fue un modelo de todo lo que debe ser un monarca: piadoso, erudito, justo, generoso y, sobre todo, jovial. Todos los grandes artistas de su tiempo se reunían en su corte y eran más honrados que los príncipes. Sus felices súbditos disfrutaron de su alegre semblante y estaban tan felices de vivir bajo su dulce y próspero reinado que, cuando murió sin hijos, decidieron que ningún sucesor llevaría ese amado nombre. Sólo después, cuando apareció un hombre que, por su persona y su carácter, les recordaba a su difunto soberano, le dijeron "de la familia de Jen", y de ahí tiene su origen el nombre de Jen-kins. Al día siguiente me dio una copia de la traducción inglesa aliterada de *El anillo* de Alfred Forman, que el autor había enviado al Maestro y que todos habíamos disfrutado la noche anterior. Lleva (cito de memoria porque el libro está actualmente envuelto y es inaccesible), escrita de puño y letra de Wagner, la siguiente inscripción: "Traducido al dialecto del norte de Gales, en la época del rey Jen, antepasado de mi noble amigo, Jenkins.»

Hay muchas anécdotas que parecen tener una base igualmente sólida.

Tengo varios otros recuerdos del gran Maestro que ustedes apreciarán mucho. Entre ellos se encuentra una copia del arreglo para piano de Joseph Rubinstein de la Gran Marcha Festiva compuesta por Wagner para la apertura de las celebraciones en América del centenario de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. La portada del libro lleva estas palabras:

*¡Mi querido señor Jenkins!
En recuerdo de nuestras mutuas esperanzas,
a ti clamo con esta muestra de amistad:
¡Viva América!
Suyo, Ricardo Wagner. (2)*

Esta inscripción alude en parte a la esperanza de que ambos albergamos de que algún día pudiera ir a Estados Unidos y en parte a la simpatía que sentía por mi creencia de que Europa algún día sería republicana y no cosaca. Sobre esta composición me contó una anécdota característica. Der Festfeierfrauenverein (Comité de celebraciones de mujeres) le había pedido que compusiera una marcha para la ocasión, ofreciéndole una buena tarifa. Había aceptado pero, abrumado con otras tareas, había descuidado este trabajo. Por fin, bastante tarde, comenzó a abordarlo, y mientras trabajaba y reflexionaba sobre lo que significaba para el mundo un siglo de gobierno republicano en Estados Unidos, cayó en la cuenta de la importancia de la circunstancia y la completó en un estado de euforia. entusiasmo. Telegrafió a América que el trabajo estaba listo pero no recibió respuesta. Después de un tiempo, pensó que podría ser demasiado tarde para su utilidad y se sintió muy decepcionado. Al encontrarse un día en Berlín, llevó la partitura a la legación estadounidense, pero, como el embajador estaba ausente, se vio obligado a explicar la situación a un secretario.

El discurso de Wagner no siempre fue claro, porque el pensamiento a menudo era demasiado rápido para el lenguaje; sin embargo, a su manera enérgica, se esforzó en explicar la historia de la obra y que estaba tan orgulloso del honor de componer la Marcha para esta ocasión, que estaba dispuesto a renunciar a los honorarios que se le prometieron, si tan solo podía estar absolutamente seguro de que la marcha sería aceptada y llevada a cabo. Mostró al secretario el lema, tomado de Goethe, que precedía la partitura:

*Sólo él es digno de la libertad como de la vida,
que, cada día, se dedica a ganárselos. (3)*

Entonces el secretario estalló: "*Señor, ¿podría decir que el pueblo estadounidense tiene la intención de robarte!* » (4)

El pobre Wagner renunció a su explicación por ser completamente inútil, pero a su regreso a Bayreuth encontró una comunicación del Comité satisfactoria en todos los aspectos, en la que decía que la Marcha sería aceptada y ejecutada, y, además, que los honorarios a los que estaba obligado tan dispuestos a rendirse fueron pagados por cable.

Después de la muerte de Wagner, Madame Cosima le dio otro recuerdo a su madre, acompañando una carta fechada el 20 de junio de 1888. Ella escribió: "*Adjunto también algunos grabados franceses, que ahora se han vuelto tan raros que ya no se pueden comprar y de lo cual estaría muy feliz si la Sra. Jenkins los aceptara por mí. Quizás el hecho de que hayan estado en la biblioteca de Wahnfried durante muchos años ayude a medir su valor. (...) El señor Latour es uno de los impresionistas franceses y su gran cuadro de los wagnerianos en París causó revuelo allí.* »

Sabíamos el valor, real y sentimental, de estos grabados porque el artista los había regalado a Wagner durante la primera representación del Anillo en Bayreuth y yo los había visto y admirado a menudo colgados en las paredes de la gran biblioteca.

No queríamos aceptarlos, pensando que debían permanecer en la familia Wagner, pero Madame Cosima insistió tanto que fue imposible negarse. Todos recordarán cómo colgaron en las paredes de nuestra biblioteca durante un cuarto de siglo.

Siempre me ha impresionado mucho la devoción de Madame Wagner por su marido. Lo cuidó con ternura maternal y tacto conyugal. Ella se interpuso entre él y cualquier molestia. Había innumerables asuntos prácticos que requerían atención constante, visitas del alcalde o de algún comité, de aspirantes a artistas, o de constructores y arquitectos; arregló todo con todos y los despidió satisfechos, sin pensar en molestar al propio Maestro. Todo el tiempo estuvo en su oficina, trabajando sin ser molestado, cantando de vez en cuando, o corriendo hacia el piano y golpeando las teclas una y otra vez, y luego volviendo al silencio mientras escribía rápidamente su partitura. Parecía estar trabajando con la máxima concentración de pensamiento, pero una vez que terminó, era tan juguetón como un niño. Su esposa conocía tan bien sus necesidades que siempre elegía el momento adecuado, el tono exacto y el mejor giro para presentarle cualquier asunto sobre el cual su decisión era necesaria, con el resultado de que todo parecía realizarse fácilmente sin la menor fricción o perturbación posible.

En 1878 recibí una notable carta de Wagner. En ese momento le había vencido el desánimo al no tener la seguridad de poder llevar a cabo sus proyectos para perpetuar su templo del arte en Bayreuth y se preguntaba si no encontraría el apoyo al que aspiraba yendo a instalarse con sus obras permanentemente en América, y si pudiera ayudarlo a realizar tal proyecto. Obviamente era una locura imposible, pero fue difícil convencerlo de que sería imprudente de su parte. Fuimos a Constantinopla pero pasamos por Nápoles con el propósito de hablar con él y Madame Cosima y descubrimos que estaban tan llenos de ilusiones sobre la situación en América que era inútil tratar de argumentar en contra de este proyecto. Durante el año siguiente, sin embargo, fue posible, con la ayuda de algunos de los amigos y enemigos del gran Maestro en América, dejarle claro que el lugar de su gran triunfo estaba en su propio país, entre su propia gente, y me alegró que lográramos este resultado sin que una nube se cerniera sobre nuestra amistad. Tu madre y yo fuimos invitados a asistir a la primera función de Parsifal el 26 de julio de 1882. Fue, incluso para mí, un evento muy importante. Tengo, por naturaleza, amor por la poesía, el color y la comprensión en la pintura, pero mi profesión me ha absorbido tanto que, a pesar de todas mis ventajas, no he podido cultivar las bellas artes al máximo de mis limitadas capacidades. Pero la música siempre ha sido una carta cerrada para mí. A menudo he dicho que preferiría haber escrito cualquiera de los grandes poemas del mundo en vez que toda la música de todos los tiempos. Hijos míos, recordarán el fastidio que fui para ustedes en la ópera porque la música que tanto amaban se transformó para mí, después de media hora, en un ruido sin sentido y casi intolerable.

La representación de Parsifal, sin embargo, no fue una ópera; era un drama musical místico, compuesto por un gran genio e interpretado por artistas famosos inspirados por el entusiasmo religioso. A esta primera función asistieron celebridades musicales de todo el mundo, así como un número considerable de devotos seguidores de Wagner. Toda la ciudad tenía un aire de solemnidad, tan impresionante como real, porque todos se sentían parte de un gran acontecimiento histórico; la audiencia en el Teatro, estaba en el estado de ánimo de una asamblea de fieles en una catedral ocupada celebrando la Misa Mayor en algún evento nacional memorable. Aunque se había pedido al público que no aplaudiera, tras el primer acto se produjo un estallido espontáneo de placer, pero fue sofocado en el acto cuando el Maestro, inclinado sobre su palco, rogó al público que no perturbara la ilusión. No recuerdo si aplaudimos o no porque, como incluso aquellos que tenían la capacidad de entender la música, me sentí abrumado por el efecto de este magnífico drama.

A lo largo de mis tratos con Wagner, me ha impresionado cada vez más su grandeza intelectual. Era un hombre aparte de todos los demás en mente y propósito. Llegué a comprender la devoción apasionada que recibía de sus verdaderos seguidores, para quienes cualquier imperfección que pudiera tener parecía sin importancia en un genio tan elevado y con objetivos tan noble y me regocijo de poseer un recuerdo impecable de este hombre notable.

El 13 de febrero de 1883, Wagner muere repentinamente en Venecia. En la mañana de ese día, su hijo, Siegfried, a quien yo había atendido, me escribió una carta, adjuntando un pequeño artículo, y la selló cinco veces con el sello de su padre. Esta fue probablemente la última vez que se usó. He regalado cuatro de estos sellos a amigos como recuerdo, pero uno siempre se ha guardado.



Íbamos a ver a los Wagner en Venecia esa misma primavera.

Newell Sill Jenkins
(traducido por Michel Casse)

NOTAS:

1. "Old King Cole" es el héroe de una canción infantil inglesa atestiguada por primera vez en una obra de 1708 de William King: "El buen King Cole / Llamó a su cuenco / Llamó a sus tres violines; / Hubo violín, violín / Y dos veces violín, violín, / Porque era el cumpleaños de mi Señora, / Por lo que celebramos / Y nos regocijamos.»

Existen varias otras versiones. El personaje inspiró un cortometraje de la serie "Silly Symphonies" de Walt Disney en 1933.

La etimología dada por Newell Jenkins parece ser una de esas explicaciones

fantasiosas tan numerosas producidas en el siglo XIX. Hoy parecemos estar de acuerdo en el hecho de que simplemente significa "hijo de Juan", sin ninguna referencia a ningún soberano. [NdT]

2. Al mismo tiempo, la Sra. Wagner escribió:

“Apreciado Sr. Jenkins:

Mi esposo le envía sus más cordiales saludos acompañado de la Marcha Americana. Me uno a él y le doy las gracias por todas las cosas lindas que vienen de usted, por la diversión que hay en el disco de Eva que encierra un significado tan serio, por las excelentes ostras, pero sobre todo por sus buenos sentimientos, de su esposa y de usted, hacia nosotros. Espero que ambos estéis bien de nuevo y disfrutando si no de la llegada de la primavera, al menos de la desaparición del invierno.

C. Wagner.

9 de febrero de 1879.”

3. Goethe, Faust, 2, V, traducción de Gérard de Nerval. [NdT]

4. La palabra erobern [“conquistar”] le sugirió al secretario, quien aparentemente no entendió bien el alemán, la idea de “robar”, o se arriesgó a hacer un mal juego de palabras.

«Final del Rheingold»

Por Fantin-Latour.

Este grabado era posiblemente uno de los muchos enviados por Cósima a Newel Jenkins.